REFLEXIÓN XII

LA CARIDAD Y EL SUFRIMIENTO.

Charitas patiens est.
Todo lo sufre la caridad.
1ª AD COR. XIII, 4.

I

LA espléndida riqueza, el enlace y la armonía del Universo, dan testimonio de un poder infinito; pero el designio bondadoso y la eterna caridad de Dios, aparecen con toda su hermosura y sabiduría en el hombre, que no fué criado por la mano omnipotente, sino después de haberle preparado todas las maravillas de la naturaleza. Dios ha colocado, dice David,[1] la creación entera á los pies del hombre: las aves del cielo y los peces del mar deben someterse á este rey de la naturaleza, para cuyo beneficio brotaron también de la nada, á la voz del Todopoderoso, los astros con su luz, la tierra con sus frutos, las estaciones con su variedad.

Efecto de un amor eterno, fué la creación del

1 Salm. VIII, 8.

hombre, en cuya frente brilla la luz divina;[1] pero efecto de un amor infinito fué su reparación después que hubo caído en el abismo de la culpa. Esa reparación que Dios mismo quiso hacer de la naturaleza humana, es obra de una caridad que sólo puede existir en el mismo Dios. Pero esa obra se consumó en medio de los sufrimientos más crueles, porque el Salvador quiso sufrir desde el pesebre hasta la cruz.

Y la Eucaristía es la memoria y la continuación de la Redención. Por eso en la Eucaristía también existen sufrimientos. Y como el sufrimiento crece á proporción de lo que se ama, siendo la Eucaristía el exceso de la divina caridad, es el supremo ápice del sufrimiento.

II

El apóstol dice que "Jesucristo, resucitado de entre los muertos, no muere ya, y que la muerte no tendrá ya dominio sobre Él."[2] Estas palabras encierran el fundamento del paralelo que podemos establecer entre Jesucristo que padece en carne mortal, para morir por la salud del mundo, y Jesucristo que sufre en la Eucaristía, donde ya no muere jamás. Los momentos últimos de la vida del Salvador, fueron el colmo de la humillación y del abatimiento, como que la Infinita Justicia

1 Salm. IV, 7.
2 Epíst. á los Rom. VI, 9.

dejó caer su terrible golpe en esa Divina Víctima, que llevó sobre sí todas las iniquidades humanas; y el Salvador en su vida eucarística, aunque lleno de gloria, y por consiguiente, impasible, sufre todavía sin cesar en su corazón.

Misterios distintos la Pasión y la Eucaristía, como lo son la condigna satisfacción del pecado, ofrecida al cielo por el Verbo Divino hecho hombre, y el sacramento por excelencia de la nueva ley, tienen, sin embargo, tan sublimes caracteres de analogía, y relaciones tan íntimas entre sí, que la Eucaristía, bajo diversos puntos de vista, puede considerarse como la continuación y el complemento de la Pasión de Jesucristo. Uno mismo es en la Pasión y en la Eucaristía el Verbo de Dios hecho hombre, uno mismo el amor que le impele á grandes sacrificios, uno mismo el deseo de dar á su Padre Celestial la gloria que se le debe. Testimonios inmortales de la Divina Caridad hacia el hombre, la Pasión y la Eucaristía han hecho descender sobre la tierra, la reconciliación, la gracia y la paz; pero teniendo una y otra el carácter esencial de sacrificio, necesario es que la Víctima Divina ofrecida en ambas, se dé á conocer bajo los velos inefables del sufrimiento.

Coloquemos, pues, frente á frente, para inspirarnos de sus misteriosas relaciones, la Pasión y la Eucaristía. Pero no olvidemos que para penetrar con la consideración en la sublimidad de las verdades que entrañan, solamente la fe, la humildad y el amor pueden conducirnos con seguridad

y firmeza. No olvidemos tampoco que el fruto verdaderamente digno que debemos desear de nuestras reflexiones, el fruto precioso que nuestra alma tiene que esforzarse en alcanzar, es la convicción profunda de que nuestra gratitud debe ser igual, si puede así decirse, al sufrimiento del Salvador.

Jesús en su amarguísima pasión; Jesús en la dulcísima Eucaristía..... ¿qué puede haber más fecundo en instrucción, en fortaleza, en esperanzas....?

III

Nuestra imaginación, ferviente y respetuosa, vuela á contemplar el huerto de Getzemaní, las calles de Jerusalem, las rocas del Calvario. Por todas partes la sangre Divina..... Y esa sangre ¡ah! ¡cuántas veces ha enrojecido nuestros labios!

Si tenemos la felicidad de creer en Jesucristo, de reconocerle como nuestro Salvador, y de confesarle como nuestro Dios, congratulémonos.... ¡Cuántos ¡ay! no le conocieron en su Pasión! ¡Cuántos no le conocen en la Eucaristía!

Lo mismo que sufrió Jesús de los que no le conocieron en carne mortal, sufre hoy de los que no le conocen en el Misterio de su amor..... Y ese amor no se apaga; y ahora como entonces, arde en su pecho la llama de una caridad infinita hacia los pecadores, de quienes sufre y por quienes sufre.

El Evangelista San Juan claramente dice que

el mundo no conoció al Salvador; pues "habiendo venido á su propia herencia, los suyos no le recibieron."[1] ¡Ah! En todos tiempos ha permitido el Señor la ceguedad de las inteligencias rebeldes, y el endurecimiento de los corazones dominados por el orgullo, en justa pena de la obstinación con que la miserable criatura se subleva contra la verdad, y contra las miras siempre benévolas de la infinita bondad. ¡Qué triste es traer á la memoria la suerte de naciones enteras, que, llamadas á conocer la verdad, é ilustradas por su luz, se han hundido en las tinieblas de la infidelidad, y han recogido en su abyección moral el amargo fruto de su rebelión!

Y el Salvador también claramente dijo, en los momentos de la institución de la Eucaristía, al dar principio á su Pasión, dirigiéndose á su Padre Celestial: "esta es la vida eterna, que te conozcan á Tí y á Jesucristo á quien enviaste: único verdadero Dios. . . ."[2] ¡Oh necesidad y excelencia de la fe! Es verdad que la esencia de la felicidad del cielo consiste en el conocimiento de Dios por la visión beatífica;[3] pero también el conocimiento de Dios y de los misterios de la redención por medio de la fe, es la causa de la vida eterna, porque la fe es el camino que conduce á ella; porque la fe es como el principio de la vista de Dios, en que se cifra la vida y la bienaventuranza eterna, y porque la fe

1 I, 10 y 11.
2 San Juan, XVII, 3.
3 Santo Tomás, 1ª p. q. 12, art. 4 et 6 et 1ª, 2 q. 3 art. 4.

produce la esperanza, la esperanza la caridad, y la caridad las buenas obras con que merecemos la vida eterna.[1]

La Divina Eucaristía es la memoria viva y el testimonio perpetuo de la Pasión del Salvador, y por eso la presencia del Salvador en la Eucaristía, y la presencia de este Augusto Misterio sobre la tierra, está destinada á ser el foco que atraiga constantemente las miradas de nuestra fe. ¿Qué experimentará, pues, el Salvador, al observar la venda del error y las sombras de la ignorancia sobre tantas inteligencias? ¿Qué pensará de los que no le conocen, ó que viven como si no le conocieran? ¿Qué impresión causará en su Divino Corazón la rebeldía y la ingratitud de aquellos que, no acordándose de Él, mucho menos se acuerdan de sus beneficios?

IV

Todo hombre, por el hecho de serlo, tiene obligación natural de conocer, de amar, de servir á Dios; todo hombre, por el hecho de haber sido favorecido con la luz de la revelación, tiene obligación positiva de encaminar sus pasos á un fin sobrenatural; todo hombre que ha tenido la felicísima suerte de entrar juntamente á la luz de la vida temporal y á la verdad eterna de la fe, tiene obligación verdaderamente sagrada y solemne de conocer á Jesucristo, de admirar el resplandor de sus

1 Corn. Alapide. Com. sobre San Juan XVII, 3.

magnificencias, de agradecer la riqueza de sus bondades, de seguir la belleza de sus ejemplos, de prepararse en esta vida á cantar eternamente sus glorias..... Y el Salvador en la Eucaristía, donde está para recordar nuestros deberes, para formar nuestro corazón en la verdadera sabiduría, para encender nuestras almas en el deseo de la sólida grandeza, ve que son muchos los que ni le buscan, ni le aman, ni le conocen; ve que para muchos es como si Él no estuviera presente en este adorable Misterio. Es indudable que nuestro Dios no necesita del género humano para ser esencialmente feliz, infinitamente feliz, eternamente feliz; en la Eucaristía despliega y encubre, por un milagro continuo, la irradiación sublime de su gloria, de su majestad y de su brillo Divino, sin mezcla alguna de turbación, de dolor ó de tristeza; pero el supremo dominio y el inmenso amor, que, según los eternos decretos, le unen á nosotros, hacen que jamás pueda ser, y mucho menos en la Eucaristía, indiferente á nuestra conducta. En la Eucaristía, lo mismo que en su trono celestial, es ofendido por nuestros crímenes, herido por nuestra ingratitud, ultrajado por nuestro desprecio. Jamás podrá ser compatible con la santidad infinita de Dios, la deformidad horrible del pecado.... ¿Y qué, el amor que nos tiene en la Eucaristía, no esperará nuestro amor? ¿Pasará desapercibida nuestra indiferencia? ¿Tolerará nuestros insultos? Y si todo esto se toma en la acepción de sufrir, ¿no es la Eucaristía el misterio del sufrimiento....?

Sin salir, pues, del radio del Catolicismo, y sin ir á deplorar la condición de los que, infieles ó paganos, se hallan sentados en las sombras de la muerte, vemos que el Salvador en la Eucaristía, sufre de los que, debiendo conocerle, no le conocen, y sufre de los que, conociéndole, obran como si no le conociesen.

V

Exactísima es la analogía que existe entre estos dos espectáculos de sufrimiento que nos ofrece la historia de la Divina Caridad, en la Pasión y en la Eucaristía: Jesucristo en medio de los hijos de la Sinagoga, entre los tormentos y la cruz; y Jesucristo en medio de los hijos de la Iglesia, entre los velos misteriosos del tabernáculo. Tan desconocido ahora, como entonces, de los mismos que han tenido en sus manos los testimonios auténticos de la verdad y del misterio, el Salvador puede decir en la Eucaristía á los corazones que no procuran conocerle, lo mismo que dijo en una vez á sus discípulos, iniciados apenas en los grandes misterios del amor Divino: "tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me habeis conocido."[1]

Al través de las humillaciones y de la muerte de cruz, no quiso distinguir el pueblo deicida al Mesías, que con tanto ardor esperaba; teniendo á la vista, cierto de su autenticidad, y leyendo todos

1 S. Juan, XIV, 9.

los dias las profecías, que marcaban en sus más pequeñas circunstancias todos los caracteres individuales del Salvador prometido, cerró voluntariamente los ojos á la evidencia de la realidad; y en su ciego frenesí, no vaciló en exclamar, que sobre él y sobre sus hijos cayese la sangre del Justo.[1]

No de otra manera, al través de los velos eucarísticos, la soberbia audaz de la herejía y de la incredulidad, no ha querido ver la obra máxima del amor Divino, ni la real presencia de ese Dios poderoso y justo, que ha de rasgar á un mismo tiempo la vida y la ceguedad de los impíos. Rica de ciencia y de fe, la educación formó tal vez esos corazones, que después dan tan señaladas muestras de apocamiento, desde que la doctrina infernal se infiltra en ellos; tal vez la piedad, con su severa dulzura y su suave fuerza, nutrió esas almas, que después naufragan en las olas del racionalismo; tal vez el vapor de los vicios que sube del corazón, oscurece y apaga la luz de la inteligencia, que antes se detenía, dócil, en la contemplación de la verdad revelada, y en sus indestructibles fundamentos; pero cualquiera que sea la causa, la desgracia existe: Jesucristo, ya no es reconocido; los antiguos homenajes ya no se le tributan; el amor y la fe se han extinguido. ¡Oh dolor! En medio de los corazones fieles que no le abandonan, el Salvador experimenta en la soledad de su tabernáculo el sufrimiento que le causan los desprecios de muchos de sus mismos hijos. "Sí, dice, después de

1 San Mateo, XXVII, 25.

haberlos alimentado con la verdad, nutrido con mi carne y sangre, robustecido con las mejores esperanzas, y enaltecido con la gloria de herederos del cielo, en el seno de la gracia, en la plenitud del amor, en el gremio de la Iglesia, ¿no he de recibir de ellos sino desprecios é ingratitud?"[1]

VI

Este fué, en verdad, uno de los motivos de honda tristeza para el Salvador, allá en las sombras de Getzemaní, en aquella noche de desolación y de angustia, que reunió las amarguras de todos los tiempos, y los horrores de la próxima muerte, y la tétrica representación de la ingratitud de los hombres, en el fondo del Corazón de Jesucristo, al grado de arrancar de Él esta palabra de suprema aflicción: "*triste está mi alma hasta la muerte.*"[2] La Divina mirada de Jesús atravesaba los siglos, y así como veía malogrado en los pecadores, por la obstinación, el infinito precio de su sangre, veía también la deplorable ceguedad de los que no habrían de reconocerle bajo las humildes apariencias de la Eucaristía. En aquel instante oprimieron su alma con indecible pena, las blasfemias, los ultrajes, las violencias de los labios impíos, de los corazones ingratos, de las manos sacrílegas, que, olvidando el bien inmenso de la Redención, la re-

1 Isaías I, 2.
2 San Marcos, XIV, 34.